

ciones de los mas honrados ciudadanos, se le sentenció á ser arrojado en la fosa donde se hacia morir á los malhechores. Habiéndose opuesto el magistrado á la ejecucion de este infame decreto, se conmutó la pena en una multa de cincuenta talentos*; y como no estaba en disposicion de pagarla, se vió al vencedor de Darío espirar entre cadenas, de las heridas que habia recibido en servicio de la patria.

TEMISTOCLES Y ARISTIDES.

No hacen desmayar ni á la ambicion ni á la virtud estos terribles ejemplos de injusticia y de ingratitud de parte de un soberano, ó de una nacion. Semejantes acontecimientos son escollos que se encuentran en la carrerada de los honores, como los hay en medio del mar. Temístocles y Aristides tomaban sobre los Atenieses aquel ascendiente que el uno merecia por la diversidad de sus prendas, y el otro por la uniformidad de su conducta enteramente consagrada al bien público. El primero, atormentado dia y noche por la memoria de los trofeos de Milciades, lisonjeaba continuamente con nuevos decretos el orgullo de un pueblo embria-

* Doscientas setenta mil libras.

gado con su victoria: el segundo solamente se ocupaba en mantener las leyes y las costumbres que la habian preparado: los dos opuestos en principios y en proyectos, llenaban la plaza pública con sus divisiones, de tal manera que Aristides, despues de haber logrado ganar un dia, contra toda razon, cierta ventaja sobre su competidor, no pudo menos de decir, que la república perecia, si no se le echaba á él y á Temístocles en una fosa profunda.

Al fin, el talento y la intriga triunfaron de la virtud. Como Aristides se conducia como un árbitro en las discordias de los particulares, la reputacion de su equidad hacia que estuviesen desiertos los tribunales de justicia. La faccion de Temístocles le acusó de que se establecia un realismo tanto mas temible, cuanto que estaba fundado sobre el amor del pueblo, y concluyó con la pena de destierro. Estaban juntas las tribus, y debian dar su voto por escrito. Aristides asistia al juicio. Un ciudadano oscuro sentado junto á él, le suplicó que le escribiese el nombre del acusado en una conchita que le presentó. «¿ Os ha hecho algun mal, respondió Aristides? — No, dijo el incógnito, pero estoy fastidiado de oírle llamar por todas partes el «justo.» Aristides escribió su nombre, fué condenado, y salió de la ciudad deseando felicidad á su patria.

A su destierro se siguió luego la muerte de Darío. Este príncipe amenazaba á un tiempo á la Grecia, que no habia querido sujetar su cuello al yugo de los Persas; y al Egipto que acababa de sacudirle. Su hijo Xerxes fué el heredero de su trono *, sin serlo de ninguna de sus grandes prendas. Educado en una alta opinion de su poder, justo y benéfico por humorada, injusto y cruel por debilidad, casi siempre incapaz de sufrir los sucesos felices y los desgraciados, no se advertia constantemente en su caracter mas que una extrema violencia, y una excesiva pusilanimidad.

Despues de haber castigado la rebelion de los Egipcios, y agravado desatinadamente el peso de sus cadenas, acaso hubiera gozado en tranquilidad de su venganza, á no ser por uno de aquellos viles cortesanos, que sin remordimiento alguno sacrifican á sus intereses millares de hombres. Mardonio, á quien el honor de haber casado con la hermana de su señor, inspiraba las mas vastas pretensiones, queria mandar los ejércitos, lavar la deshonra con que se habia cubierto en su primera expedicion, y subyugar la Grecia para lograr su gobierno, y ejercer en ella sus rapiñas. Persuadió fácilmente á Xerxes que reuniese este pais y la Europa toda

* El año 485 antes de J. C.

al imperio de los Persas. Se decretó la guerra, y se conmovió toda el Asia

A los enormes preparativos hechos por Darío, se añadieron otros mucho mas espantosos. Se emplearon cuatro años en levantar tropas, en establecer almacenes por el camino, en trasportar á las costas provisiones de guerra y boca, y en construir en todos los puertos galeras y navios de trasporte.

El rey salió en fin de Suza, persuadido á que iba á extender los confines de su imperio hasta los sitios donde el sol termina su carrera. Luego que llegó á Sardes en Lidia, envió reyes de armas á toda la Grecia, menos á Lacedemonia y Atenas. Estos debian recibir el homenaje de las islas y naciones del continente, de las cuales muchas se sometieron á los Persas.

Por la primavera del año cuarto de la olimpiada setenta y cuatro *, llegó Xerxes á las costas del Helesponto con el ejército mas numeroso que jamas asoló la tierra: quiso ver allí á su gusto el espectáculo de su poder; y desde un trono alto vió el mar cubierto de sus navios, y la campaña con sus tropas.

En este sitio, la costa de Asia no esta separada de la de Europa, sino por un brazo de mar

* Por la primavera del año 480 antes de J. C.

de siete estadios de anchura *. Dos puentes de barcas, sujetados por sus áncoras, unieron las costas opuestas. Desde el principio se habia encargado á los Egipcios y Fenicios que los construyesen; pero destruida su obra por una violenta tempestad, Xerxes hizo cortar la cabeza á los obreros; y queriendo tratar á la mar como á esclava, mandó que la azotasen, que la marcasen con un hierro ardiente, y que echasen en su fondo un par de cadenas. ¡Y sin embargo este príncipe era seguido por muchos millones de hombres!

Sus tropas gastaron siete dias y siete noches en pasar el estrecho, y sus bagages tardaron un mes. Desde allí tomando el camino por la Tracia, y costeano el mar, llegó á la llanura de Dorisco, bañada por el Hebro, propia no solamente para proporcionar refrescos y descanso á los soldados, sino tambien para hacer la revista y enumeracion del ejército.

Se componia este de un millon y setecientos mil hombres de á pie, y de ochenta mil caballos. Veinte mil árabes y libios conducian los

* Estos dos puentes empezaban en Abidos, y terminaban un poco mas abajo de Sestos. En estos últimos tiempos se ha reconocido que este paso, el mas corto de todo el estrecho, no tiene mas que cerca de trescientas setenta y cinco toesas y media. Teniendo los puentes siete estadios de longitud, ha inferido M. de Anville, que estos estadios no tenian mas de cincuenta y una toesas.

camellos y los carros. Xerxes, puesto en un carro triunfal, recorrió las filas: pasó despues á la flota que se habia aproximado á la costa, y se componia de mil doscientas y siete galeras de tres órdenes de remos. Cada una podia llevar doscientos hombres, y todas juntas doscientos cuarenta y un mil y cuatrocientos. Las acompañaban dos mil barcos de transporte, en los cuales se presume que habia doscientos cuarenta mil hombres.

Estas eran las fuerzas que habia traído de la Asia; las que se aumentaron luego con trescientos mil combatientes sacados de la Tracia, de la Macedonia, de la Peonia, y de otras muchas regiones europeas, sujetas á Xerxes. Las islas vecinas contribuyeron ademas con ciento y veinte galeras, en las cuales iban veinte y cuatro mil hombres. Si á esta multitud inmensa se añade un número casi igual de gentes necesarias ó inútiles, que marchaban en seguida del ejército, se hallará que cinco millones de hombres habian sido arrancados de su patria, é iban á destruir naciones enteras, para satisfacer la ambicion de un particular llamado Mardonio.

Despues de la revista del ejército y de la flota, envió Xerxes á llamar al rey Demarates, que habiendo sido desterrado algunos años antes de Lacedemonia, habia hallado un asilo en la corte de Suza.

« ¿Pensais, le dijo, que los Griegos se atrevan á resistirme? — Habiendo Demarates alcanzado permiso para decirle la verdad, respondió: « los Griegos son temibles, porque son pobres y virtuosos. Sin hacer el elogio de los demas, « solamente os hablaré de los Lacedemonios. La « idea de esclavitud los irritará; y aun cuando « toda la Grecia se sometiese á vuestras armas, « no por eso dejarían de defender con mas valor « su libertad. No os informeis del número de sus « tropas: aun cuando no fuesen mas que mil, y « aun cuando fuesen menos, se presentarán al « combate. »

El rey se echó á reir, y despues de haber comparado sus fuerzas con las de los Lacedemonios, añadió: « ¿no veis que la mayor parte de mis « soldados huirían, si no los contuviesen las « amenazas y los golpes? Como este medio no « obra sobre los Esparciatas, que se nos pintan « tan libres é independientes, es claro que no « arrostrarán una muerte segura gratuitamente. « ¿Y quién podría obligarlos á ello? — La ley, « replicó Demarates, aquella ley que tiene mas « poder sobre ellos, que vos sobre vuestros vasallos; aquella ley que les dice: ved allí vuestros enemigos; no se trata de contarlos; es preciso vencerlos ó morir. »

A estas palabras se redoblaron las risas de Xerxes: dió sus órdenes, y partió el ejército

dividido en tres cuerpos. El uno seguía la costa del mar, y los otros dos marchaban por lo interior de la tierra á cierta distancia. Las medidas que se habían tomado les proporcionaban medios seguros de subsistir. Los tres mil barcos cargados de víveres iban costeando, y reglaban sus movimientos por los del ejército. Los Egipcios y Fenicios habían provisto de antemano muchas plazas marítimas de Tracia y de Macedonia. En fin, á cada estacion los Persas eran alimentados y mantenidos por los habitantes de los países vecinos, que prevenidos mucho tiempo antes, se habían preparado á recibirlos.

Mientras el ejército continuaba su marcha hácia Tesalia, asolando las campiñas, consumiendo en un día las cosechas de muchos años, arrastrando al combate las naciones que había reducido á la indigencia, la flota de Xerxes atravesaba el monte Atos, en lugar de doblarle.

Este monte se prolonga en una península, que no está unida al continente mas que por un istmo de doce estadios de ancho*. La flota de los Persas había experimentado algunos años antes cuan peligroso era este parage. En esta ocasion se la hubiera podido trasportar por encima del istmo á fuerza de brazos; pero Xerxes había dado orden de abrir paso por él, y

* Cerca de media legua.

una multitud de obreros se ocuparon mucho tiempo en hacer un canal por donde pudiesen pasar dos galeras de frente. Xerxes lo vió, y se persuadió á que despues de haber echado un puente sobre el mar, y de haberse abierto un camino al traves de las montañas, nada resistiria ya á su poder.

La Grecia tocaba entonces en el desenlace de los temores que la habian agitado por muchos años. Todas las nuevas que venian de Asia, despues de la batalla de Maraton, no anunciaban sino proyectos de venganza de parte del gran rey, y preparativos suspendidos por la muerte de Darío, vueltos á emprender con nuevo vigor por su hijo Xerxes.

Mientras este último se hallaba mas ocupado en ellos, se presentaron repentinamente en Suza dos esparciatas, que fueron admitidos á la audiencia del rey; pero que se negaron constantemente á postrarse delante de él, como lo hacian los Orientales. « Rey de los Medos, le « dijeron, hace algunos años que los Lacedemonios dieron muerte á los embajadores de « Darío. Deben una satisfaccion á la Persia, y « nosotros venimos á ofrecer nuestras cabezas.» Estos dos esparciatas, llamados Espertias y Bullis, habiendo llegado á entender que los dioses estaban irritados por la muerte de los embajadores persas, y que no querian admitir los sacri-

ficios de los Lacedemonios, se habian ofrecido voluntariamente por la salud de la patria. Atónito Xerxes de su firmeza, no los espantó á ellos menos con su respuesta. « Id á decir á los Lacedemonios, que si ellos son capaces de violar « el derecho de gentes, yo no lo soy de seguir « su ejemplo; y que quitándoos la vida, yo no « expiaria el crimen con que se han manchado. »

Poco tiempo despues estando Xerxes en Sardes, fueron descubiertos tres espías atenienses, que se habian introducido en el ejército de los Persas. El rey, lejos de condenarlos al suplicio, les permitió formar despacio un estado exacto de sus fuerzas, lisonjándose de que á su regreso no tardarian los Griegos en ponerse bajo su obediencia. Pero su relacion no sirvió mas que para confirmar á los Lacedemonios y Atenienses en la resolucion que habian tomado de hacer una liga general de los pueblos de la Grecia. Juntaron una dieta en el istmo de Corinto, y sus diputados corrieron de ciudad en ciudad, procurando esparcir en todas el ardor que los animaba. La Pífa de Delfos preguntada continuamente, rodeada sin cesar de presentes, procurando conciliar el honor de su ministerio con las miras interesadas de los sacerdotes, y con las de aquellos que la consultaban, tan presto exhortaba á los pueblos á permanecer en inaccion, como aumentaba sus temores con las des-

gracias que anunciaba, y su incertidumbre con la impenetrabilidad de sus respuestas.

Se instó á los Argivos á entrar en la confederacion. Acababan estos de perder seis mil soldados, entre los cuales estaba la flor de su juventud, en una expedicion que Cleómenes, rey de Lacedemonia, habia hecho en la Argólide. Extenuados con esta pérdida, habian logrado un oráculo que les prohibia tomar las armas: despues pidieron el mando de una parte del ejército de los Griegos; y habiéndose quedado de una negativa que ellos esperaban, permanecieron tranquilos, y acabaron en tener con Xerxes inteligencias secretas.

Se habian concebido fundadas esperanzas de los socorros de Gelon, rey de Siracusa. Este príncipe acababa de someter, con su talento y victorias, muchas colonias griegas, que debian naturalmente correr á la defensa de su metrópoli. Admitidos á su presencia los diputados de Lacedemonia y Atenas, habló el esparciata Siagro; y despues de haber dicho algo de las fuerzas y proyectos de Xerxes, se contentó con representar á Gelon, que la ruina de la Grecia arrastraria tras de sí la de Sicilia.

El rey respondió con alteracion, que en sus guerras con los Cartagineses, y en otras ocasiones habia implorado él la asistencia de las potencias aliadas, sin lograrla: que solo el pe-

ligro les obligaba entonces á recurrir á él: que sin embargo, olvidando tan justos motivos de quejas, estaba pronto á contribuir con doscientas galeras, con veinte mil hombres armados de todas armas, con cuatro mil caballos, dos mil archeros, y otros tantos honderos. «Ademas de esto, añadió, me obligo de proporcionar á todo el ejército los víveres necesarios para todo el tiempo de la guerra; pero bajo una condicion, y es de ser nombrado generalísimo de las tropas de mar y tierra.»

«¡Oh, y cuánto se quejaria la sombra de Agamenon, replicó con viveza Siagro, si supiese que los Lacedemonios habian sido despojados por Gelon y por los Siracusanos del honor de mandar los ejércitos! No, jamas os cederá Esparta esta prerogativa. Si quereis soportar la Grecia, debeis tomar nuestras órdenes; y si pretendeis darlas, guardad vuestros soldados. — El rey respondió tranquilamente: Siagro, tengo presente que nos unen los lazos de la hospitalidad: acordaos vos tambien que las palabras injuriosas no sirven mas que para agriar los ánimos. La arrogancia de vuestra respuesta no me hará salir de los límites de la moderacion; y aunque por mi poder tengo mas derecho que vos á la comandancia general, yo os propongo el partirla. Elegid, ó el

«mando del ejército, ó el de la flota: yo tomaré el que dejesis.

«No piden los Griegos general, sino tropas, respondió el embajador ateniense: he llamado «en punto á vuestras primeras pretensiones: «tocaba á Siagro destruirlas; mas yo declaro, «que si los Lacedemonios ceden una parte del «mando, se devuelve á nosotros por derecho.»

Al oír estas palabras, Gelon despidió á los embajadores, y al instante hizo partir para Delfos á uno llamado Cadmo, con orden de esperar allí el éxito del combate: de retirarse, si vencían los Griegos: y si eran vencidos, de ofrecer á Xerxes el homenaje de su corona, acompañado de ricos presentes.

No fueron mas felices las negociaciones en tabladas con la mayor parte de las demas ciudades confederadas. Los habitantes de Creta consultaron al oráculo, quien les mandó no mezclarse en los negocios de la Grecia. Los de Corcira armaron sesenta galeras, con orden de permanecer tranquilas sobre las costas meridionales del Peloponeso, y de declararse despues por los vencedores.

En fin los Tesalienses, á quienes el crédito de muchos de sus gefes habia empeñado hasta entonces en el partido de los Medos, significaron á la dieta, que estaban prontos á guardar el paso del monte Olimpo, que conduce

desde la Macedonia inferior á Tesalia, si los otros griegos favorecian sus esfuerzos. Inmediatamente se hizo marchar á diez mil hombres bajo el mando de Evenetes de Lacedemonia, y de Temístocles de Atenas. Llegaron á las orillas del Peneo, y acamparon con la caballería tesaliense á la entrada del valle de Tempé; pero habiendo sabido algunos dias despues que el ejército persa podia penetrar en Tesalia por un camino mas facil, y habiéndoles advertido los diputados de Alejandro, rey de Macedonia, lo peligroso de su posicion, se retiraron hácia el istmo de Corinto, y los Tesalienses resolvieron entrar en composicion con los Persas.

Así que no quedaba para defender la Grecia mas que un corto número de pueblos y de ciudades. Temístocles era el alma de sus consejos, y sostenia sus esperanzas; empleando alternativamente la persuasion y la maña, la prudencia y la actividad; arrastrando todos los ánimos menos con la fuerza de su elocuencia, que con la de su caracter, y arrastrado siempre él mismo por un genio que el arte no habia cultivado, y que la naturaleza habia destinado á dirigir los hombres y los acaecimientos: especie de instinto, cuyas inspiraciones repentinas le descubrian en lo venidero y en lo presente lo que debia esperar ó temer.

Hacia algunos años que tenia previsto que la batalla de Maraton no era mas que el preludio de las guerras que amenazaban á la Grecia: que jamas habian estado en mayor peligro que despues de la victoria: que para conservar la superioridad que habian adquirido, era preciso abandonar los medios por los cuales la habian logrado: que serian siempre señores del continente, si podian serlo del mar: que en fin vendria tiempo en que su salud penderia de la de Atenas, y la de Atenas del número de sus bajeles.

Siguiendo estas reflexiones tan nuevas como importantes, habia emprendido mudar las ideas de los Atenienses, y convertir sus miras á la marina. Dos circunstancias le pusieron en disposicion de ejecutar su plan. Los Atenienses estaban en guerra con los habitantes de la isla de Egina; y debian repartir entre sí cantidades considerables, provenientes de sus minas de plata. Persuadióles pues que renunciasen esta distribucion, y que se construyesen con ella doscientas galeras, que servirian para atacar actualmente á los Eginetes, ó para defenderse algun dia contra los Persas. Estas embarcaciones estaban en los puertos de la Atica cuando Xerxes hizo la invasion.

Mientras este principe continuaba su marcha, se resolvió en la dieta del istmo, que un cuerpo

de tropas mandadas por Leonidas, rey de Esparta, ocuparia el paso de las Termópilas, situado entre la Tesalia y la Lócride: que la armada naval de los Griegos aguardaria á la de los Persas en los parages vecinos, en un estrecho formado por las costas de Tesalia y por las de la Eubea.

Los Atenienses que debian armar ciento y veinte y siete galeras pretendian tener mas derecho al mando de la flota, que los Lacedemonios, que no daban mas que diez. Mas viendo que los aliados amenazaban con retirarse, si no obedecian á un esparciata, desistieron de su pretension. Euribiades fué elegido general, y tuvo á sus órdenes á Temístocles, y á los gefes de las otras naciones.

Reuniéronse los doscientos ochenta navios que debian componer la armada sobre la costa setentrional de la Eubea, cerca de un sitio llamado Artemisio.

Sabiendo Leonidas la eleccion de la dieta, previó su suerte, y se sometió al destino con aquella grandeza de alma que caracterizaba entonces á su nacion. No tomó en su compañía mas que trescientos esparciatas, que le igualaban en valor, y cuyos sentimientos le eran bien conocidos. Habéndole hecho presente los éforos, que no podian serle suficientes tan pocos soldados, respondió: « bien pocos son para

« detener al enemigo ; pero son demasiados pa-
 « ra el objeto que se proponen. — ¿Cuál es
 « pues este objeto ? preguntaron los éforos. —
 « Nuestra obligacion , respondió , es defender
 « el paso , y nuestra resolucion morir allí. Tres-
 « cientas víctimas bastan para honor de Esparta.
 « Se perderia sin recurso , si me confiase todos
 « sus guerreros ; porque no presumo que se
 « atreviese á huir ni uno solo de ellos. »

Algunos dias despues se vió en Lacedemonia
 un espectáculo que no se puede recordar sin
 espanto. Los compañeros de Leonidas honraron
 de antemano su muerte y la propia con un
 combate fúnebre , al cual asistieron sus padres
 y sus madres. Concluida esta ceremonia , salie-
 ron de la ciudad seguidos de sus parientes y
 amigos , de quienes recibieron los adioses eter-
 nos ; y allí fué donde habiendo preguntado la
 muger de Leonidas á este guerrero , cuál era
 su última voluntad , respondió : « yo te deseo
 « un esposo digno de tí , é hijos que se le pa-
 « rezcan. »

COMBATE DE LAS TERMOPILAS.

Apresuraba Leonidas su marcha , y con su
 ejemplo queria sostener en sus deberes á mu-
 chas ciudades próximas á declararse por los

